

purorrelato

II CONCURSO
DE MICRORRELATOS
CASA ÁFRICA

Casa África

Alto Patronato

Presidencia de Honor

SS. MM. los Reyes Don Juan Carlos y Doña Sofía

Consejo Rector

Presidencia

Excmo. Sr. D. José Manuel García-Margallo Marfil

Vicepresidencia

Excmo. Sr. D. Paulino Rivero Baute

Vocales

Ignacio Ybáñez Rubio, Gonzalo Robles Orozco, Manuel Gómez-Acebo Rodríguez-Spiteri, Fernando Eguidazu Palacios, María Claver Ruiz, Ricardo Díez-Hochleitner Cousteau, Pilar Serret De Murga, Rafael Luengo Lázaro, José Miguel Pérez García, Javier González Ortiz, Francisco Hernández Spínola, Ildelfonso Socorro Quevedo, Pablo Martín-Carbajal González, Juan José Cardona González

Director General

Luis Padrón López

Secretaria General

Arianne Hernández González

Gerente

José Luis Márquez Ocaña

Jefa del Área Mediateca y Web

Estefanía Calcines Pérez

Casa África es el consorcio de diplomacia pública al servicio de la acción exterior del Estado en el continente africano, que forma parte de la Red de Casas de la diplomacia pública española. Con sede en Las Palmas de Gran Canaria y creada en 2006, Casa África organiza actividades de carácter económico, así como en los ámbitos político, social, educativo y cultural, siempre con la intención de fomentar las relaciones a todos los niveles entre España y África. Los entes participantes de este consorcio público son el Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), el Gobierno de Canarias y el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria.

*“Si el hombre hubiese insistido
en tender puentes en vez de
construir muros, la historia de la
humanidad sería muy diferente”*

ISMAEL DIADIÉ,
HISTORIADOR Y FILÓSOFO

Índice

Prólogo.....	13
Introducción.....	15
Selección de microrrelatos y firmas invitadas.....	17
Cazadores.....	19
Goliat	21
Meditación	23
¡Recuerdos!.....	25
Rangi Mbali (Colores lejanos).....	26
La vida póstuma de los objetos.....	27
El llamado.....	28
Viaje en sueños	29
Abanderada.....	31
Zebra man	32
El juego de los continentes.....	33
Bicicleta	34
Cementerio.....	35
Singe.....	37
Europa no estaba preparada para los Estados Unidos de África.....	40
[Sin título]	41
El mar de Suk	42
Adeus Cabo Verde.....	43
Ángeles negros	44
Se acabó la levadura que fermentaba la tierra.....	45
Cooperantes.....	46
Siroco	47
Amina.....	49
Fotografía.....	50
El Jarocho	51
Víctimas.....	52
Baobabs	53
Destino de mujer negra.....	54
La radio cósmica	55

La Maleva de la encrucijada	56
Sequía	57
El escritor.....	59
Marrakech.....	60
Alma viajera	61
El ocaso de la humanidad.....	62
Su nombre es Á.....	63
El sabor de las jareas.....	64
La sombra del baobab	65
Cartas para Elena	66
Kenia, año 2521.....	67
El Día de Dahira.....	69
El ausente	70
Chinchetas.....	71
Lástima	73
Kuhuwa	74
Mbi Yeda	75
Descubriendo África	76
El testamento de Jaime de Audivert.....	77
Los pies del viajero.....	79
Mordisco único.....	80
La piel de fuera	81
La gorra	82
La leyenda entre el esclavo y el león.....	83
La muerte del rey	84
El corazón de África	85

Prólogo

María del Mar Horno García

Ganadora del primer premio de Purorelato 2013

Viajar abre la mente. Leer también es viajar, es ver, aunque sea a través de la mirada de otro. A todos nos gusta contar y que nos cuenten. Nos gusta imaginar, nos gusta soñar, incluso más que observar con nuestros propios ojos. La II edición de Purorelato nos trae, como una nueva estación de lluvias, historias concentradas en pequeñas gotas que contienen el alma de África. La real pero también la evocada en nuestro imaginario. Su aguacero hará que nuestra mente sea más fértil, generosa y feraz en olores, tradiciones, colores, gentes, conocimientos, mañanas, esperanzas. Los libros nos sirven para soñar pero también para provocar pequeños cambios en los demás y en nosotros mismos. Transformémonos pues.

Los tres microrrelatos ganadores son los primeros en caer frescos sobre la tierra reseca: *Cazadores* es un canto a lo que fuimos y siempre seremos, donde el animal representa la fascinación que sentimos por lo salvaje, por la libertad, por nuestro origen. *Goliath*, un homenaje a la sensibilidad y a la literatura. *Meditación*, un guiño poético a la añoranza de las raíces perdidas y a la nostalgia del exiliado. Mojan este libro digital por el que fluirán también otras historias como arroyos que transportan en pequeñas barcas el pasado, presente y futuro de un continente fascinante.

Países, culturas, visiones, vivencias. Os invito a leer y a viajar. Probablemente muchos de nosotros nunca visitaremos África pero después de conocer estos relatos sentiremos que en algún momento, no sabemos cuándo, estuvimos allí.

Introducción

Luis Padrón López

Director general de Casa África

La palabra es vida. Uno de los autores que han prestado sus palabras a este libro que le presentamos ahora es Vamba Sherif, escritor liberiano radicado en Holanda desde hace casi tres décadas. Él ha explicado en una entrevista reciente que todo empieza con la palabra y reivindica su fascinación por esa palabra, que en su tradición, la mandingo, se denomina «kuma». Vamba Sherif habla de la labor del griot como custodio de la palabra, algo que va más allá de lo que podría parecer en un primer momento. Algo que significa ser guardián del pasado, del presente y del futuro.

Purorrelato cumple dos años con este volumen de historias pequeñas, que es un modesto homenaje a la palabra. En realidad, un homenaje con pocas palabras. La economía y la precisión caracterizan al microrrelato, un difícil arte que es puro amor a la palabra exacta. Las palabras de Purorrelato, además de ser pocas, se inspiran en el continente africano, en su gente, en su música, en sus mundos. Después de todo, se dice que la palabra nació en África y todavía allí se preserva una multitud de tradiciones orales, se venera a la palabra.

Deseamos que disfrute de este pequeño homenaje a las vidas africanas y a la palabra, en el que participan —además de Vamba Sherif y una selección de los escritores que se presentaron a Purorrelato— autores como Sami Tchak, Ángeles Jurado, María Jesús Alvarado, Teresa Iturriaga y Manuel Rodríguez. También esperamos que, en la próxima edición de este concurso, podamos contar con sus palabras inspiradas en y por África.

Feliz lectura.

Selección de microrrelatos y firmas invitadas

Cecilia Rodríguez Bové

Ganadora del Primer Premio / Purorelato 2014

Valenciana por adopción, nació en la Ciudad de la Habana en 1962. Es Licenciada en Educación en la especialidad de Lengua Alemana y desde 2009 intenta compatibilizar la vida familiar y profesional con la literatura. Escribe y lo hace sin pretensiones, apenas por el mero gozo de escribir o, en todo caso, porque al hacerlo puede cumplir un antiguo sueño de la infancia: escapar relajadamente para llegar a cualquier sitio. Como resultado de esas escapadas, algunos de sus textos han sido finalistas o ganadores en certámenes literarios y han sido publicados en las ediciones digitales y en papel como la primera entrega de Purorelato o la segunda y tercera edición del Concurso de Microrrelatos sobre Abogados del Consejo General de la Abogacía Española y la Mutualidad General de la Abogacía, entre otros. Sus microrrelatos parten siempre de la cotidiana-

ESCRIBIR ES UNA
FORMA MUY
PARTICULAR
DE PONERLE
ZANCADILLAS A
LA SOLEDAD, A LA
INCERTIDUMBRE
Y A OTROS
TANTOS TEMORES
COTIDIANOS

—Cecilia Rodríguez

nidad y se nutren de la experiencia que ha ido acumulando en los años que ha vivido en su Cuba natal, en Mozambique, en Estados Unidos y en España.



Cazadores

Cecilia Rodríguez Bové

La mañana es clara en el Serengueti y una brisa tranquila recorre la inmensidad de la sabana. Allí todo se ha vuelto un premeditado silencio para que puedan observarse. Al acecho, ambos esperan obtener su recompensa. El fotógrafo de pie, inmóvil, parapetado tras el enorme *zoom*, sueña con hacer la foto perfecta. Por su parte, el joven león agazapado ha centrado su mirada en la lente del fotógrafo. Ambos se estudian cautelosamente. Calculan la distancia. Ninguno de los dos quiere fallar.

Los segundos transcurren pesadamente antes de que hombre y fiera se decidan, y es que la espera forma parte del ritual. Los dioses finalmente se pronuncian: todo saldrá bien. Entonces, el tiempo se detiene. Es la señal. En perfecta sincronía, el clic de la cámara de fotos y el afilado zarpazo rompen la quietud y se cruzan en el aire. Todo sucede al unísono, en el justo instante de las recompensas.

Isidro Catela Marcos

Ganador del Segundo Premio / Purorelato 2014

Nació en Salamanca en 1972. Está casado y es padre de tres hijos. De vocación y profesión: escritor, en el buen sentido de la palabra. Periodista, profesor universitario y doctor en Ciencias de la Información, colabora habitualmente en diversos medios de comunicación, en los que intenta cuidar con mimo la palabra para preservarla en la medida de lo posible, de vértigos y otros atropellos periodísticos. Por eso, le gusta reposar la actualidad, escudriñarla y desvelar su lado más poético. Repite segundo premio en Purorelato, ha ganado más de una treintena de premios de relato corto, microrrelato y poesía, y ha publicado libros de ensayo sobre televisión, Iglesia y ética de la comunicación social,

LO BUENO, SI BREVE,
DOS VECES BUENO.
Y SI ES MALO,
POR LO MENOS
NOS QUEDARÁ EL
CONSUELO DE QUE
HA SIDO BREVE

—Isidro Catela

temas sobre los que a menudo imparte conferencias por todo el mundo.

Además es autor del poemario infantil *La lámpara encendida*. En la actualidad dirige la Oficina de Información de la Conferencia Episcopal Española y el programa *Testimonio* de La 2 de TVE. Es editorialista y colaborador habitual de la Cadena COPE y Consejero de 13 TV.



Goliat

Isidro Catela Marcos

Temprano, el Aquarium permanece sereno. Cuando llegan los turistas, a menudo se convierte en una inmensa sabana, con sus previsibles estampidas de búfalos, jirafas y ñus. Pero, a primera hora, mientras preparo la comida de los animales, se sostiene quieto, en perfecto equilibrio. Hasta los peces-tigre del Congo se desperezan lentamente y se van acercando al cristal, o a la superficie, para ver qué es lo que pueden devorar de entre lo que les voy echando. En cuanto arrojo las presas vivas, todos se abalanzan sobre los manjares y los destrozan con las cuchillas que les cuelgan de las mandíbulas. Todos menos uno. Goliat es diferente. No pelea, no engulle. Se queda en un rincón, esperando a que sus compañeros concluyan y, después, me mira durante unos segundos, expectante. Es entonces cuando le dejo caer trocitos de papel, como si fueran las nieves del Kilimanjaro. Goliat devora libros: “Memorias de África” le duró un día y medio; “La Casa del Hambre”, apenas dos días. He pensado muchas veces en decírselo al jefe, pero no lo he hecho. Goliat se haría famoso, tendría que devorar libros en público y, tal vez, lo que es virtud alguno lo podría tomar por debilidad. Yo le veo sano y feliz, así que prefiero seguir alimentándole a escondidas.



Greta Frankenfeld

Ganadora del Tercer Premio / Purorelato 2014

Nació varias veces y de distintas maneras. La primera vez, el 19 marzo de 1975, su madre y padre se hicieron cargo de la situación, en Buenos Aires. Estudió arte y periodismo convencida de que la comunicación tiene mucho que ver con un futuro mejor. Mientras jugaba con las palabras y desarrollaba su profesión a

tientas, como casi todo el mundo en busca de un destino, pensó que no era suficiente. En 2002, cruzó el charco y se instaló en Bilbao con su bagaje y sus esperanzas.

Cuerpo, alma, mente, mujer y ser social siguieron desarrollándose a medida que incorporaba conocimientos y experiencia en poesía y literatura, comunicación, construcción de paz, género, feminismo y desarrollo en armonía con la Naturaleza. En 2012, el parto fue su entera responsabilidad y fruto de su esfuerzo, aunque tampoco esta vez le fal-

taron el cobijo y la compañía de mucha gente. El libro *La última vispera* es su primer relato-poesía-ficción, autoeditado.

Con mucho sentido y sentimiento, desde entonces se asoma constantemente al mundo en su blog *buhosygirasoles.com*. O en recitales, espectáculos de poesía con alma de teatro y allí donde sea necesario que las buenas ideas tomen formas emocionantes.

ME GUSTA ESCRIBIR,
PERO SOBRE TODO
ME GUSTA SENTIR
EL FUEGO DE LAS
PALABRAS EN LAS
YEMAS DE LOS
DEDOS

—Greta Frankenfeld

Meditación

Greta Frankenfeld

Podía percibir la tensión subiendo desde los hombros hasta la base del cráneo. Con las piernas cruzadas y los ojos cerrados, Marian movió el cuello buscando alivio. Respiró lentamente y notó sus músculos relajándose. El silencio se iba haciendo un hueco con cada exhalación... De sus talones brotó un cosquilleo, un poco de calor, un pequeño placer inquietante.

Marian sintió dos ramas verdes que nacían de las plantas de sus pies y la unían primero al suelo de madera y después a la tierra subyacente. Las ramas se hacían cada vez más gruesas y lisas. Sensibles como las yemas de sus dedos, profundizaban rápidamente en la esfera rozando la tierra negra con sonidos quebradizos. Pero antes de llegar al centro, cambiaron el rumbo formando un ángulo hacia la superficie. Sorprendida, Marian sintió el viraje en su propio núcleo. En su ascenso, las ramas se iban tornado más oscuras, resistentes y nudosas, como una mano anciana y huesuda. Las puntas se deshilacharon al rozar la corteza. Las delicadas hebras desalojaron los guijarros de la orilla y, con una profunda bocanada de aire limpio, se desmelenaron a la intemperie. Estaban en un punto de la roja y olorosa tierra de Uvira, frente a la casa de adobe de su infancia. Al otro lado del mar, muy al norte, Marian abrió los ojos.



FIRMA INVITADA - Sami Tchak

Sadamba Tchakoura, más conocido como Sami Tchak, nació en Bowounda (Togo) en 1960. Tras obtener su licenciatura en Filosofía por la Universidad de Lomé, trabajó como profesor de instituto durante tres años. En 1986 llegó a Francia para realizar estudios en Sociología, doctorándose en 1993.

Las culturas mexicana y colombiana influyeron sus trabajos literarios. En 2004, obtiene el Gran Premio Literario de África Negra por el conjunto de su obra y en 2007, el Premio Ahmadou Kourouma en Ginebra por su libro *Le Paradis des chiots*, publicado en 2006.

Autor de cinco ensayos y siete novelas, su obra se puede leer en francés, alemán e italiano. En español está disponible *¡Put a vida!*, una controvertida novela, dura, crítica y divertida al mismo tiempo, sobre la vida de los descendientes de inmigrantes africanos y que rompe con la idea del paraíso en África.

ESCRIBO PARA
SOPORTAR LA IDEA
DE MI PROPIA
MUERTE, SOÑANDO
TAMBIÉN CON TRAER
UN POCO DE LUZ A
LA VIDA DE LOS
DEMÁS

—Sami Tchak

iRecuerdos!

Sami Tchak

Recuerdo nuestra forja en el pueblo. Para ponerme en guardia contra la vanidad y enseñarme a reconocer mis límites, mi padre me decía: «el búfalo, con sus poderosos cuernos, no puede atravesar el viento, y el cocodrilo no podrá jamás herir al agua con su cola cortante. El huracán, que lo devasta todo a su paso, tiene sus límites, pues jamás desplazará una montaña. Los más poderosos, aún teniendo derechos de vida y muerte sobre nosotros, no harán entrar a un elefante en una ratonera. Y antes de que creas que has conseguido algo, me gustaría que me encerraras un río en una botella. Levanta otra vez el martillo y golpea el hierro rojo. Golpea otra vez ¡Otra vez! Pero no estás a punto de vencer el hierro ni de domar el fuego ¿Lo que haces? Sólo una actividad humana que no cambia nada de tu condición: el hierro puede matarte, el fuego puede matarte, el martillo que manejas puede matarte. Eres más frágil que el fuego, que el hierro. Ahora puedes ir a repasar tus deberes, Abou, que mañana tienes cole».

Más tarde, viviendo en Francia, de regreso al pueblo durante mis vacaciones, constaté que mis referencias se borran. Entonces, sendero de nuestros campos, dime: ¿cuántos son ya aquellas y aquellos que, hoy todos desaparecidos, te han recorrido? Ah, de mí no tienes ningún recuerdo. Yo he desaparecido de tu memoria. El mango que daba sombra tras la forja de mi padre ha muerto. ¡Así es la vida!

Rangi Mbali (Colores lejanos)

Francisco Rebollo Bautista

Chimbé Yoyó montó hace treinta años una tienda en Ámsterdam, donde vendía todos los colores del mundo que guardaba desde niño. Pero como la nostalgia mata de a poco, los colores que más abundaban venían de África.

—¡Mamá, quiero este! —dijo un niño, agarrando un tarro de cristal con tapa de corcho. La tienda estaba llena de mirones.

—¿Ese? —dijo la madre—. Bueno, está bien. ¿Cómo se llama, Chimbé?

—Es Kilimanjaro, *madame*, lo recogí hace 14 años cuando estuve en mi país. El tarro era de un azul brillante con reflejos violetas, y no importaba cómo giraras el tarro que la parte superior permanecía más blanca.

—Vamos, no querrás hacerme creer que vendes los colores, a mí no me engañas.

Chimbé se rio, y los que estaban mirando los tarros parecieron contagiarse.

—Le voy a contar un secreto, *madame*: es tierra. La empecé a guardar porque me parecía un buen recuerdo. Luego descubrí que hay muchos colores que aquí no estaban y monté la tienda. Permítame decirle, ustedes no entienden la tierra —la mujer arqueó una ceja—. Pero no importa, para nosotros tiene otro significado. ¿Quiere que le cobre?

La mujer salió de la tienda con el tarro y su hijo, indignada porque la habían llamado ignorante. Cuando Chimbé cerró la tienda dos horas más tarde, agarró uno de los tarros debajo del mostrador y, preocupado, miró al tarro y dijo:

—¿Crees que he sido muy duro con la *madame*, papá?

La vida póstuma de los objetos

Ángeles Sánchez Portero

Desde que regresé del África, me suceden cosas extrañas. Por ejemplo, cuando rasgo la correspondencia con el abrecartas de marfil surgen, de entre las grietas del papel, un catálogo de elefantes diminutos que barritan y me amenazan con sus trompas, dejando las cartas enlodadas. Y cuando me dispongo a fumar en la pipa de acacia, un muestrario de jirafas me muerde la nariz reclamando su hierba que, aunque seca, saborean en ese pequeño comedero que supone la cazoleta de madera. O ese huevo de avestruz decorado del que salen, de manera intermitente, un repertorio de pollitos que me persiguen allá donde voy.

Sin embargo, lo peor de todo sucedió una noche de invierno, cuando me arropé con la manta de guepardo y desperté con una piedad de menos. Después de aquello, he decidido coger el rifle y disparar a las máscaras que, desde el pasillo, se ríen de mí y vaticinan mi muerte con las botas de mamba puestas, mientras, según dicen, un algo invisible se enroscará a mi pantorrilla y clavará mi lápida junto a sus pequeños colmillos.

El llamado

Manuel F. Lagos Morales

La noche se durmió y yo con ella. Mi sueño comenzó a moldear una nostálgica escena. Soñé con elefantes que transitaban por la gran avenida. Jirafas hipnotizadas observaban los semáforos. Monos en el parque trezados en las copas de los árboles. Hipopótamos sumergidos en una laguna artificial chapoteando con sus pequeñas orejas. Cebras saltando sobre las líneas del paso peatonal. Y ella; con su tez oscura como el encierro, sus cabellos como racimos de uvas negras deslizados por sus sienes, y un te amo alentado de sus labios iba y venía en mi mente como entrando y saliendo en una puerta giratoria. En lo alto, el violento sol quemaba hasta mi sombra, y el paraje con pinceladas de un color naranja intenso cerraba el cuadro de un África inexistente. Por la mañana sacudí la herrumbre de mi presente y tomé el primer avión que me llevaría de vuelta a casa.

Viaje en sueños *Voyage de rêve*

Hada Hada

Ya hace una semana que nuestra embarcación navega por las mareas del Atlántico. Esta tarde, después de comer, todos vamos sentados y atentos al sonido de las olas que nos guían hacia un futuro mejor. Oímos la llamada de alerta de Balick desde la proa. Y, al instante, el viento comienza a balancear nuestra barca de madera en todas las direcciones. Yo agarro cada parte de mi cazadora contra el pecho y no me muevo del sitio. Una ola enorme se levanta, abalanzándose contra nosotros.

Calado, cojo mi amuleto del bolsillo derecho del pantalón y lo aprieto con los cinco dedos de la mano. Escucho los quejidos y un gran grito de angustia. La ola se ha llevado a uno de nosotros. Ahora, nuestras piernas se sumergen en agua helada. Vuelve el viento del océano e insiste en levantar nuestro cayuco, que se resiste... pero finalmente lo vuelca de lado. ¡Y una ola gigante viene a asestarle el golpe de gracia!

Ya no veo la barca. Solo hay cuerpos luchando bajo el agua. Siguiendo los consejos espirituales de mi *marabout*, pido un último deseo a mi madre, imploro piedad a aquellos que me ayudaron a costearme esta aventura, pienso en mi hermosa Maya. Por un momento, no siento nada más. Y escucho la voz de mi madre: «Ndeye! Ndeye!». Una mano agita mi hombro derecho. Me despierto empapado en sudor. Es mamá. Ella me dice: «Balick te está esperando para partir... ¿Estás listo?».

Une semaine déjà que notre embarcation vogue sur les flots de l'Atlantique. Ce soir, après le repas, tout le monde est assis et écoute les vagues nous porter vers des lendemains meilleurs. De la proue, on entend Balick nous lancer une alerte. Aussitôt, le vent se met à balancer notre engin en bois dans tous les sens. Je ramène chaque partie de mon blouson contre ma poitrine et ne quitte pas ma place. Une grosse vague s'élève et vient s'abattre sur nous.

Mouillé, je saisis mon amulette dans la poche droite de mon pantalon et serre mes cinq doigts autour d'elle. J'entends des hurlements et un long cri de détresse. La vague a emporté l'un de nous. Nous avons maintenant les jambes dans l'eau glaciale. Le vent des océans revient, tente de soulever notre pirogue qui résiste mais la retourne sur le côté. Et une très haute vague vient asséner le coup de grâce !

Je ne vois plus la barque. Rien que des corps, sous l'eau, se débattant. Comme me l'avait conseillé mon marabout, je fais un dernier vœu à ma mère, j'implore la pitié de mes créanciers qui m'ont aidé à payer ce voyage de fortune, je pense à ma belle Maya. Pendant un moment, je ne sens plus rien. Et j'entends la voix de ma mère : « Ndeye ! Ndeye ! » Une main secoue mon épaule droite. Je me réveille tout en sueur. C'est maman. Elle me dit « Balick t'attends pour partir...es-tu prêt ? »

Abanderada

Silvana Goldemberg

Para expresar su enérgico repudio ante la estúpida desigualdad entre blancos y negros, la cebra adoptó el uniforme bicolor.

Zebra man

Magdalena Ferreiro

Dibujo al hombre cebra. Empiezo por sus ojos profundos, alcoholados, bordeados con galena. Con las manos manchadas de polvo de perla y caracoles majados trabajo las crines. Juego con líneas de café de sombra y me demoro trenzando su rabo como si fuera el pelo de una niña. En el aire frío de esta tarde de invierno, el hombre cebra no para de dar saltos y corcoveos, como si recién diseñado ya extrañara su tierra cálida, la que jamás conoció. Y es entonces que advierto que realmente está desnudo.

El juego de los continentes

V. Proaño

En quinto curso jugamos a los continentes. Como yo era la única alumna negra, me tocó ser África. Me gustó montar en elefantes, vestirme con un gomesi y bailar algunas danzas rituales invocando a la lluvia y a los espíritus. También fundé mi propia tribu. Pero en mi papel de continente había algunas desventajas. Solo me daban una ración de ugali, unas gachas espesas, para pasar todo el día. A veces, América me dejaba mordisquear alguna de sus succulentas hamburguesas a cambio de que le llevara la mochila o le hiciera los deberes. Y yo aceptaba porque, ¿qué le íbamos a hacer? Tenía hambre.

Un martes me di cuenta de que mi estuche había desaparecido. El jueves fui incapaz de hallar mis cuadernos. Y el viernes pillé a Asia y Europa repartiéndose el contenido de mi taquilla. Enfadada, se lo dije a la profesora pero me contestó que, como África que era, tenía que dejar que los demás continentes se apropiaran de lo mío. Así, ¡por la cara! La señorita Delia aprovechó también para informarme de que debía ya varias cuotas mensuales. No me quedó más remedio que ausentarme de las clases y ponerme a trabajar.

Han pasado varios meses, estoy enferma y sin seguro médico. No sé nada de la Antártida y Oceanía pero Asia se pasó el otro día y me dio unas aspirinas a cambio de mi pupitre. América llamó por la tarde. Dijo que Europa había comentado algo sobre apadrinarme.

Bicicleta

Greta Frankenfeld

La tierra rojiza y seca del camino rasga limpiamente el vivo follaje. La bicicleta avanza impulsada con la fuerza comedida que exige el calor. El crujido del mecanismo destartado marca el ritmo. Una ráfaga insistente de cigarras acompaña el pedaleo del hombre flaco. Quizás, un balido lejano complete la melodía.

El perfume de la escena es el de los plátanos maduros amontonados en la parte trasera de la bicicleta. La camisa blanca muestra dos lamparones más oscuros debajo de los brazos. Gotas caen desde la frente sobre el pantalón oscuro y las zapatillas cubiertas de polvo. Las piernas se detienen. La bicicleta y sus quejidos, también. Las cigarras siguen vibrando. Olivier desmonta y dirige su vehículo fuera del camino, hacia unos árboles detrás de los cuales se esconde, él lo sabe bien, el lago extenso y fresco. Se agacha junto a la orilla y recoge en sus manazas la cantidad de agua necesaria para toda su cara. Recupera el aliento. Tiene que entrecerrar los ojos para observar la superficie titilante del Tanganica. Detecta por fin la piragua y su pasajero, una diminuta figura negra a lo lejos. Olivier la ve acercarse. La embarcación se desliza con un siseo apenas audible. Los hombres se miran. Jaques empuja la nave cargada de redes sobre las piedras de la orilla y se sienta sin parsimonia junto a Olivier. Pasarán un rato libres de miradas antes de seguir cada cual su camino.

Cementerio

Marcelo Eworo Osa Ntongo

Caminaba al cementerio con pasos que conducían dos décadas en el pasado. Cuando sus tripas brotaron la vida que ahora digería el barro. Veinte años de convivencia con más silencios que abrazos, con más tensiones que sonrisas, con más vergüenzas que alegrías.

Quería despedirle en privado, sin sermones sacerdotales ni lágrimas vecinales derrochadas para el refrigerio póstumo: un negocio justo al fin y al cabo. No sabía muy bien para qué quería hablarle a solas. No estaba muy convencida de haberle perdonado su carril sexual. Un hombre debe acostarse con mujeres, no... No era el tema. ¿O sí? No, ya no. Ahora se avergonzaba de sí misma. Por haber sido tan mala madre. ¿Madre? Desde que su hijo muriera calcinado hace dos días, por las noches, siempre soñaba que tostaba sus genitales, y los daba la vuelta en el sartén pretendiendo moldearlos una nueva forma, ¿más femenina? Quizás. Pero siempre los terminaba carbonizando. Y después se levantaba con el cuerpo sudando aceite, y su respiración oliendo a quemado. Y en este momento podía ver las caras a un grupo de graciosillos anónimos jugueteando con su hijo en una esquina oscura. ¿Quieres acostarte con hombres? Pues sin la polla, verás que bien.

Y otra vez, una gota de melancolía le raspó las mejillas. Ahora lloraba porque quería vengar su muerte. Pero no lo acababa de ver del todo claro, pues se sentía su primer verdugo.

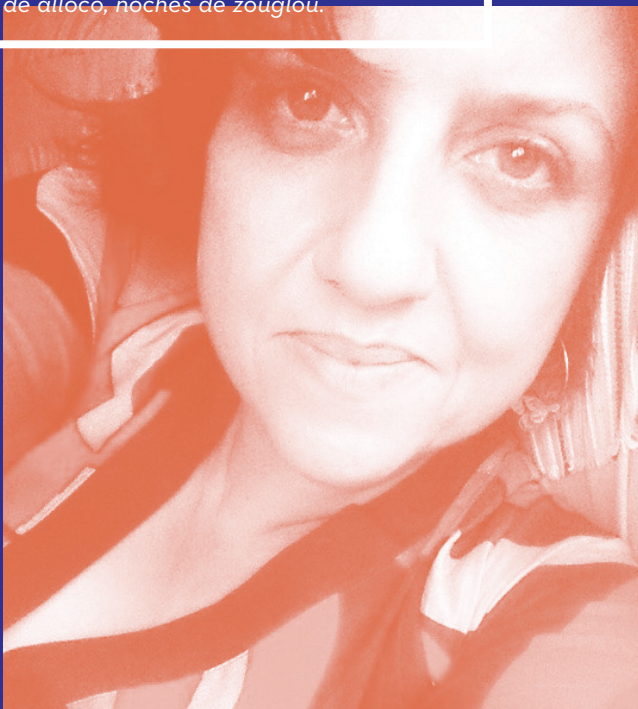
FIRMA INVITADA · Ángeles Jurado

Nació en Las Palmas de Gran Canaria en 1971. Estudió Ciencias de la Información, rama de Periodismo, en Madrid. Trabaja en el departamento de Comunicación de Casa África y escribe en publicaciones como *África no es un país*, *Guin-guinbali* y *Afribuku*. Ha publicado *Síndromes de Estocolmo*, una recopilación de columnas que aparecían en el suplemento semanal *La Otra Mirada* en *La Tribuna de Canarias*; otra compilación de columnas periodísticas, que escribió mientras trabajaba en el periódico *Canarias7* y que se titularon genéricamente *Salvapantallas*; una colección de microrrelatos denominada *Cambio de rumbo y otras historias pigmeas* y un volumen de relato breve, *Breviario de lametones, mordiscos y besos*. También ha participado en colecciones de relato breve y microrrelato, como la primera

EL MICRORRELATO
ES PRECISO, UN
MECANISMO DE
RELOJ. PERO AL
MISMO TIEMPO,
EMOCIÓN Y
SORPRESA. NO
UNA TRETA NI UN
SOLILOQUIO. ES
UN ARTE Y UN
MINIFUEGO DE
ARTIFICIO

—Ángeles Jurado

edición de *Purorrelato*, y ha recibido varios premios por textos cortos. Ha publicado los blogs *Cartas a Sinaja*, *Sinaja tiene quien le escriba* y *Días de al loco, noches de zouglou*.



Singe

Ángeles Jurado

Me despertó el latigazo metálico de la cadena al golpear el mango del patio.

En uno de sus extremos, el diminuto mono de ojos estupefactos, más de lémur que de simio, saltaba de rama en rama. Tumbada en la cama lo imaginé, su suave pelaje del color del musgo, hecho un borrrón entre las ramas. Cuando se detenía el soniquete de la cadena, lo supuse masticando los cachitos de guayaba podrida que le lanzaban los niños en el desayuno.

Había diluviado toda la noche. Ferozmente. De una manera torrencial que me había quitado el sueño imaginando las barranqueras en los barrios pobres, arrastrando casas y gente.

Ahora, apenas a las 6 de la mañana, la ciudad se despertaba húmeda pero apacible. El cielo desplegaba una trapera de nubes turbulentas y grisonas sobre el perfil selvático de Attoban. Chispaba suavito y a través del nuberío se filtraba la claridad del sol, una extraña luminosidad casi incandescente en las brechas que dejaban pasar sus rayos. Por la ventana abierta se filtraban los perfumes de la banana frita y la madera quemada. También entraban voces, el zumbido cansino de una ferralla, el pitar de los taxis, como un morse enloquecido. Entreví la carretera de tierra color papaya y a los sastres que circulaban por su orilla, presurosos, con las máquinas de coser cargadas al hombro. Todavía embelesada, examiné el rastro amoroso de ronchas en el que trabajaron los mosquitos durante mi sueño inquieto. Tocándolas con las puntas de los dedos, me estiré sobre la colcha y busqué a tientas a David.

Me despabilé de golpe.

La ventana seguía abierta sobre el patio donde hacían jabón casero con aceite de coco y barnizaban muebles viejos, pero en mi cabeza se suspendió el concierto de pitas, gritos y cantos de pájaros desconocidos. Me levanté rápidamente y me asomé, con el corazón y las entrañas engarrotados, presas de ese terror que no te abandona después que pares.

David no se dibujaba, extendido como una estrella de mar contrahecha, varado bajo la ventana. Suspiré de alivio antes de que me vencieran otros terrores y me empujaran hacia la puerta. Bajé las escaleras de puntillas, con el miedo adelantándose por la derecha.

La cocina también estaba vacía. La loza sucia se apilaba en una palangana y las moscas practicaban sus acrobacias aéreas sobre ella. Fuera quedaba el patio, donde se extendía la ropa sobre las liñas, sin trabar, rezumando humedad. Salté entre la hierba mojada, descalza, y allí lo encontré, en cuclillas frente al mono.

Se miraban fijamente. El mono fingía indiferencia mientras se estudiaba, a ratos, la cola. David, con un portentoso aguacate entre las manitas, se lo acercaba como una ofrenda susurrando «singé», la única palabra en francés que conocía. El niño depositó el aguacate entre los dos y esperó, más paciente de lo que jamás lo viera, mientras el mono dudaba, todo ojos de lémur y pelusa color musgo.

Comprendí que el aguacate era el que nos había ofrecido el abuelo Ogou la tarde anterior, al final de nuestra visita de cortesía en Abobo. También que nos habíamos quedado sin desayuno.

David lo empujó un poco con el pie descalzo. «Singé». Quedo y despacito. El mono lanzó tímidamente una mano exploradora, sobó el contorno del aguacate, lo apresó entre sus dedos alienígenas.

David lo animaba suavemente. «Singé». Y el mono, alentado por la voz del niño, rompió el aguacate contra el piso. La carne amarilla, mantecosa y dulce apareció en las fracturas de la piel verde. El mono

se lamió la mano, meditabundo, y David se rió con esa carcajada apagada, carrasposa, de viejo, que le sale a veces.

La mujer del pan rascó la puerta metálica con los dedos y volvieron los ruidos. La cacofonía de las pitas de los taxis buscando cliente, evitando baches, interpelando a otros usuarios de la carretera. Un mortero solitario, lentuno. Los pájaros desconocidos entre las palmas despelusadas de los cocoteros. Los niños jugando. El suave siseo metálico de la cadena cuando el mono se aproximó al hueco de la caricia de David, con el bigote manchado de un amarillo intenso y los ojos de lémur llenos de nubes y lluvia.

Europa no estaba preparada para los Estados Unidos de África

José María Martínez de Paz

Cegados por el paternalismo, no lo vieron llegar.

[Sin título]

Carmen Artiles

En la plaza de Mindelo los niños no llevaban zapatos porque les apretaba la sonrisa.

El mar de Suk

Mar Horno García

En Suk hace mucho calor. El pueblo sufre la querencia de un sol celoso. Sus habitantes presentan un aspecto ondulado, un tanto desvaído, y los más viejos arden espontáneamente al atardecer mientras conversan sobre la cosecha. Los niños no pueden salir durante el día porque los rayos ardientes tienen predilección por sus pieles suaves y sus blandas mulleras. Las calles sufren de una soledad extrema mitigada a veces por alguna mujer que se atreve a barrer las cenizas de las cosas a la puerta de su casa. A los vecinos les gusta vivir de noche, pasear por las dunas o tomar agua fresca sentados junto al pozo comunal, y, cuando se duermen, ya de madrugada, casi todos sueñan con el mar. Un océano imaginado, relatado, inventado por Bassima en los cuentos que regala a los niños que se sientan a su alrededor sobre la tierra seca. A medida que narra, la aldea se inunda y aparecen islas, redes, sirenas, elefantes marinos, bajíos, monstruos, corales. Para cada uno el agua es una cosa distinta, un deseo, una esperanza. Pero todos coinciden en que es un lugar sin fronteras.

Adeus Cabo Verde

Patricia Corral Moirón

«Peixe fresco a bom preço!», escucha gritar Fernanda a la anciana pescadera. A esas horas el mercado lisboeta respira vida y las voces se mezclan con los colores y aromas a frutas, carnes y pescados, invadiendo los sentidos. A pesar de las empinadas cuestas, Fernanda prefiere hacer el camino a pie desde su barrio que coger el tranvía, así se distrae y se quita a João del pensamiento, porque no es bueno que su recuerdo aún la persiga día y noche después de un año. Aquello no es vida.

Lleva tres meses sin recibir ninguna carta de Cabo Verde y ya le parece una eternidad, pero lo más terrible es no escuchar ni siquiera su voz, con ese acento sugerente, tan parecido al brasileiro, que un día la enamoró. No se hace ilusiones y aunque se detiene en un puesto de productos africanos a comprar una bolsita de rojo y picante piri-piri, para incendiar aquellas comidas que João le hizo amar, en un intento por revivir sus días juntos, antes de que el decidiese abandonar Portugal y regresar a su isla para trabajar como guía turístico, con el alma estrangulada por la saudade, intuye que no volverá a verle más y que la vida se encargará de que cada cual siga su propio camino.

Y al pasar al lado de un puesto de flores, decide de pronto que se merece un ramo de claveles rojos y una cerveza fría para celebrar que quizás sea el momento de alejar al *preto* João de su corazón y comenzar a vivir.

Ángeles negros

Iván Rodríguez León Miranda

Iban a cantar como los ángeles, ángeles negros en este caso. Un profesor europeo quería conocer los cánticos de los niños africanos. Otros ya habían ido antes, así que la solicitud entraba dentro de la lógica. Con todo el material que se obtuviera se grabaría un disco, que luego se vendería muy fácilmente. Habría que aprovechar la campaña de Navidad, cuando los corazones se ponen más tiernos y solidarios. Los beneficios finales se destinarían a alguna ONG que trabajara en la región. Tal vez a partir de ahí mejorara la situación en algunos aspectos, pues muchos dicen que piedra a piedra se consigue algo, por lo menos tener una barranquera.

Cuando llegó el momento acordado, todo el pueblo se reunió alrededor del coro, atentos al espectáculo. El investigador llegó ilusionado, derrochando simpatía, y explicó lo que deseaba. Las criaturas cantaron. Pero sus voces parecían piojos cansados, ninguno se armonizaba con el otro. El profesor comenzó a mirar extrañado, de un lado para otro, mientras el grupo lo hacía cada vez peor. La cosa iba a terminar en tormenta. Recogieron los bártulos y el hombre se fue contrariado. Entonces todos emitieron una gran risa colectiva, y se alegraron, y bailaron, y aquellos mismos niños cantaron como siempre habían cantado. Fue una pequeña venganza, pero venganza al fin y al cabo.

Se acabó la levadura que fermentaba la tierra

Francisco Rebollo Bautista

—¡Hija mía, se acabó la levadura! Se lo llevaron y esta granja es muy grande.

El ama de llaves pensó que la demencia había ido en aumento, que ahora pensaba que ella era su hija. La señora Dinesen estaba en el camino de tierra que daba a su casa, y hacía un rato que se puso a tomar el sol.

—¿Por qué tuvo que caerse la avioneta, Dios mío? Podría haberse muerto cazando leones o peleando con furtivos. ¿Oyes eso, hija? Exacto: nada. Un silencio horrible. Y hace meses que no llueve, él hacía llover.

El ama de llaves le dio un vaso de agua y volvió a la casa en silencio. La señora Dinesen subió a la colina donde se estrelló el avión y no pudo sino estremecerse. Se abrazó al montículo que en teoría era su tumba, pero no pudo sentir nada al tocarlo. Miró alrededor y respiró en silencio, se veían grandes llanuras desde lo alto. Veía correr dos hienas que no tenían prisa. Luego se acordó de los cafetales, un aguacero en invierno y acabaría con todos, y no podría ir a Nairobi a vender el café. «Entonces sí que no me quedará nada en este mundo», pensó. «Sólo tierra vacía y una hija que ya no me ama».

Cooperantes

José Naranjo Noble

Durante toda una semana fue lo primero que vio nada más despertarse. Un círculo negro, como un misterioso símbolo azteca. Bamako, en el mes de mayo, nunca fue una buena ciudad para el amor. Mucho calor, muchos mosquitos. Hasta el sexo furtivo era una pesadez. Pero Justine era otra cosa. Sus orgasmos llegaban sin anunciarse, apenas una leve respiración agitada, un jadeo imperceptible. Luego se daba la vuelta en la cama y se quedaba así, acurrucada, sin decir ni una palabra, como si no te conociera de nada.

Cuando le dejó por un italiano insípido que trabajaba para una ONG, no echó de menos sus silencios ni sus caderas. Sólo aquel círculo negro tatuado en su omoplato derecho le persiguió hasta los arrabales de Nairobi, su siguiente destino.

Siroco

Sara Díaz

Se ve que África está otra vez constipada. Cada vez que estornuda se me llena el patio de tierra.



FIRMA INVITADA · María Jesús Alvarado

De origen canario, vivió hasta los 15 años en el Sáhara, donde sus padres trabajaban como maestros. El hecho de crecer en el desierto y entre dos culturas ha marcado sensiblemente su vida y su obra. Aunque su labor profesional se ha desarrollado en la docencia y la psicología clínica, desde que tiene uso de razón la literatura ha formado parte de su paisaje, el elemento que le ha servido para relacionarse e identificarse con su entorno cambiante. Además de incluir textos y poemas en varias publicaciones colectivas, es autora de los libros: *Suerte Mulana*, *Extraña estancia*, *Geografía accidental*, *Al sur de Zagora*, *Isla Truk*, *Sorimba* y *Grietas*.

Desde 2001 es directora de edición de la Editorial Puentepalo, en la que dirige la colección de poesía y coordina diversas actividades multidisciplinares. En 2006 funda la productora de cine Almacabra, y entre sus trabajos se encuentran: *La puerta del Sáhara*, *La carta de Chadad*, *Bailando en el tiempo*, *Pilar Rey, pasión por el teatro* y *Cuando llegue*. Actualmente ultima un trabajo documental sobre Guinea Ecuatorial.

MI PIEL Y MI VOZ
SON AFRICANAS.
ES DESDE ÁFRICA
QUE ESCRIBO Y
ME RELACIONO
CON EL MUNDO

—María Jesús Alvarado

Amina

María Jesús Alvarado

Nadie sabe que la chica negra del hamam se llama Amina.

Que tiene veinte años y en su cuerpo lleva escrito el dolor de veinte vidas.

Que huyó una noche de las palizas y del hambre. Para tener que seguir huyendo después de violaciones y miradas lascivas, y aprender a esquivar más palizas y más hambre.

Que enterró su alegría para siempre cuando enterró a su bebé junto al camino de tierra roja que la llevaba al norte.

Que ahora, cuando llegan las clientas —felices, rubias y de piel suave. Diosas que por unos minutos se ponen en sus manos— las baña y acaricia como si acariciara un sueño.

Y hay días en los que, entre vapor caliente y perfume de hierbas, casi se olvida de que no ha llegado a Europa, y se permite soñar que es una de ellas.

Nadie sabe que su alma todavía puede ser agradecida, y en su cuartucho oscuro, cuando llega la noche, se duerme sonriendo, satisfecha de poder tocar cada día un trocito de ese paraíso que la espera.

Fotografía

Greta Frankenfeld

Eramos tres. Llegamos con nuestras cámaras y nuestra caras: blanca, fucsia, clara. Íbamos en cochazos oficiales, blancos con letras azules, en fila. Nos recibieron las criaturitas negras amontonándose con sus manos sucias, sus sonrisas rotas, sus ropas viejas, su frase mixta: «Mzungu, filme moi!».

Volvimos a hacer el juego habitual de bienvenida, el que repetíamos en cada aldea: tomar fotografías y mostrarles su imagen en la pantalla digital. Sus dedos flacos señalaban con sorpresa y sus bocas pedían más. Las jovencitas miraban discretamente al suelo con las manos trenzadas a la espalda. Los jovencitos, un poco alejados de la escena, se codeaban y comentaban nuestra llegada con fingido desinterés. Las personas adultas esperaban pacientemente su turno para pedir.

Un chico de unos catorce años se acercó con su uniforme de pobre: camiseta azul rota, bermudas vaqueras deshilachadas, chancas, los pies cubiertos de polvo. Sonriente, le señalé mi cámara, el código habitual para «¿quieres que te haga una foto?». Me miró serio. Lo vi meter su mano derecha en el bolsillo trasero del pantalón, extraer rápidamente un aparato más bien antiguo, apuntarme y disparar. Antes de alejarse sonriendo, me mostró mi cara de sorpresa, ahora fija en la pantalla de su móvil.

El Jarocho

Elizabeth Larrañaga Brito

Los pobladores de Veracruz tenemos tres raíces: la indígena, la europea y la africana. La Bamba —son tradicional del sotavento veracruzano—, localidades como Mocambo, La Matamba y guisos como el mondongo son algunos ejemplos de la influencia africana, además de nuestra fisonomía.

El resto de los habitantes de mi país, México, nos denomina como «los jarochos»; se dice que así llamaban en Europa a los descendientes de los africanos esclavizados que vivían marginados, era como decirles «groseros». A los 25 años de edad me trasladé a Puebla, me casé y tuve que adaptarme al clima, a controlar mi forma de hablar. Dejé de bailar danzón y salsa, entre otras cosas. La familia de mi esposa era muy conservadora. Creían en los espantos y colgaban «contras» en todas las puertas y ventanas para alejar a los malos espíritus.

Pero en una ocasión los chaneques invadieron la casa de mi cuñado. Como esos entes no toleran las groserías, mis parientes, recordando mi origen jarocho, me pidieron que los ahuyentara. Por solidaridad y por la maldita abstinencia, grité groserías como descarga de metralla. No sé si los chaneques se fueron de la casa, pero yo volví a ser el alegre jarocho soltero.

Víctimas

Noelia González Hermida

Tengo dieciséis años en el cuerpo, sesenta y dos en el alma... Llegué aquí hace cuatro años y, desde entonces, vivo en un limbo en donde no existen ni la identidad, ni los derechos, ni la dignidad. Dejé atrás mi país, mi casa y mis recuerdos pero ya no queda nada ni nadie allí esperando, ya no tengo país, ni casa, ni recuerdos; la guerra arrasó con todo lo que encontró a su paso. Durante días me escondí callada entre los muertos, mientras un deambular continuo de autómatas aleccionados y reprogramados se disputaban las migajas; ya no saben por qué luchan, ni tan siquiera contra quién o qué, pero quizá nunca lo hayan sabido. Ellos, como yo, son también víctimas o, al menos, así lo entiendo yo. Ellos tampoco tuvieron otra opción y ya no saben hacer otra cosa más que luchar. Ellos, como yo, son solo muertos que caminan. Me llamo Najet y tengo dieciséis años en el cuerpo, sesenta y dos en el alma... Abandoné Sierra Leona hace cuatro años y ahora vendo lo poco que queda de mí cada noche en Casablanca.

Baobabs

Rosa Marrero Santana

Un rayo de sol entró por la rendija de la persiana despertándome de una sudorosa noche de pesadilla. Pesada, me incorporé deseando cambiar las sábanas y renovar el aire de mi cuarto de estudiante en Londres. Me até el pelo y bajé a la cocina a preparar mi taza de café. Cuando abrí la puerta para tomarla mirando el jardín, lo vi: en medio del césped había crecido un baobab, un árbol gigante con las raíces arriba y la copa verde y frondosa, tan invisible como cierta, bajo tierra.

Creció en la noche tumbando parte de la valla, el tendedero de ropa, la verja y el buzón. Alcanzó impúdicamente la calle pero respetó la casa. Hermoso como una escultura de hierro. Incredula me acerqué, le di una vuelta mirando los detalles de su corteza de piel de elefante. Con torpeza acerqué mi mano y lo toqué. Entonces lo oí. Me pegué a él en un abrazo de necesidad y sentí su música compulsiva de tambores africanos golpeándome el pecho. En ese momento pude llorar.

Más tarde, entre lágrimas, aún enlazada al tronco, difusos como un espejismo de desierto, vi que habían llenado el vecindario quince enormes baobabs. Los vecinos bailaban como si se hubieran descoyuntado sus articulaciones, cantaban en suajili, lloraban y reían. En trance. De repente, savia negra corría por nuestras venas europeas.

Destino de mujer negra

Rosa Marrero Santana

El celeste del cielo se desparrama en la piel oscura del guerrero nuba. Sus ojos se encogen buscando en el horizonte difuso de polvo la imagen derretida de la caravana que trae de vuelta a la que será su esposa, una mujer pequeña, menuda y blanca como la leche de vaca watusi. Hace ya noventa días que en medio del desierto, buscando al león viejo que aparece en el poblado en las noches sin luna, encontró aquella expedición singular: doscientos guardianes en camellos custodiando un palanquín que balancea sus telas de algodón blanco hiriente. Asomada al ventanuco, una mano de marfil como nunca antes contempló. Estuvo veintiún días siguiéndolos a escondidas, esquivando la sed, el hambre, el miedo a no saber regresar, la mirada de los escoltas; en hondonadas, tras los matojos, en la sombra de alguna acacia. Esa noche, al fin, logró acercarse a la comitiva. Los guardianes dormían agotados, y allí estaba la mujer, frágil y contundente, silueteada por la luz parpadeante de un hoguera. Cuando Eva se volvió, sin temor, decidida, y se vio reflejada en los ojos de aquel guerrero, supo que al fin había llegado a su destino de mujer negra.

La radio cósmica A radio cósmica

Sofia Freire

Por más que viajaba, siempre que encendía la radio oía la voz en quimbundo entre las interferencias: «No perder el norte... Encontrar el verdadero rumbo...». Dirigió la vista hacia la aguja metálica de la brújula, que giraba sin parar. Norte, sur, este, oeste... Eran referencias sin sentido. Intentó sintonizar la radio. Se oyó con claridad el sonido del tambor, el sonido de los niños jugando al lado de la bahía, el mar plateado al ocaso. Comprendió inmediatamente: era hora de regresar a casa. Rumbo al sur.

Por mais que viajasse, sempre que ligava o rádio ouvia a voz em quimbundo entre as interferências – “Não perder o norte... encontrar o rumo verdadeiro...” Olhou para a agulha magnética da bússola e ela girava sem parar. Norte, sul, este, oeste... eram referências sem sentido. Procurou sintonizar a rádio. Tornou-se claro o som do batuque, o som das crianças brincando junto à baía, o mar prateado ao pôr-do-sol. Apercebeu-se rapidamente: era tempo de voltar a casa. Rumo ao sul.

La Maleva de la encrucijada

Magdalena Ferreiro

Araña tejedora de seda de oro, araña diademada que devora sus propios hilos, la Maleva va envuelta en su encaje azabache y sangre. Dicen de ella que no existe, que solo en el Plata la llaman así, que su nombre nació de un rezo mal leído y cobró visos de tango; pero ella, que se ve en los espejos, se entretiene en beber todos los licores del mundo en su recinto púrpura: licores de rosa, licores de ciruela seca, para luego jugar con los cristales rotos de las copas. La Reina de las Siete Encrucijadas, reina de las luces diabras y los caminos sombríos, lleva en el brazo izquierdo un pequeñísimo tatuaje. Y allí dice algo que nadie ha querido leer.

Sequía

Alicia Karlsson

El sol reseca los caminos, los campos, los perros, las hienas. El sol se ha enseñoreado del paisaje. Convierte a los árboles en arbustos achaparrados, al camino de tierra en asfalto, a los elefantes en grises moles barritantes. Me tiendo a la sombra de un árbol seco, a soñar con la lluvia cayendo sobre los verdes prados; lavando las caras, las pieles y los frutos secos. Sueño, canto, imploro. El desgranado de los maizales me parece lluvia, sigo soñando. La arena cayendo sobre los techos, me parece lluvia, sigo soñando. El estrellarse de las langostas sobre las paredes parece lluvia, sigo soñando. Oigo en la lejanía el rítmico golpeteo del pico de la grulla. Ella me dice que no deje de orar que cuando todo se acaba... comienza a renacer. En el momento que pienso que ya viví suficiente, la lluvia lava mi rostro y percibo el alegre rugir de las bestias.

FIRMA INVITADA · Vamba Sherif

Novelista a tiempo completo, periodista ocasional y crítico apasionado por el cine, Vamba Sherif nació en el norte de Liberia en 1973 y pasó parte de su juventud en Kuwait, donde completó su educación secundaria. Habla muchos idiomas, incluyendo árabe, francés, inglés, holandés y algunas lenguas africanas como mande, bandi, o mende.

Después de la primera Guerra del Golfo, Vamba se instaló en los Países Bajos y estudió derecho. Ha escrito cuatro novelas. La primera, *La tierra de los padres*, trata de la fundación de Liberia con el retorno de los esclavos liberados de Estados Unidos en el siglo XIX. Esta novela fue publicada con gran éxito, tanto de crítica como comercial. La segunda, *El Reino de Sebah*, trata de la vida de una familia de inmigrantes en los Países Bajos, contada desde la perspectiva del hijo, que

es un escritor. Su tercera novela, *Vínculos secretos* (Tenerife, 2014), ha sido publicada en los Países Bajos, España, Inglaterra, Francia, Alemania y Polonia. La cuarta, *El Testigo*, trata de un viejo hombre blanco, Onno, que está fascinado por una mujer negra con un misterioso pasado y que tiene como trasfondo la guerra civil de Liberia.

EL ALCANCE DE LA
PALABRA ME CAUTIVA

—Vamba Sherif



El escritor

Vamba Sherif

Como siempre se había sentido cómodo entre mujeres, él creía que las conocía bien y que nunca le sorprenderían. Pero un día, durante una visita suya desde Holanda a su ciudad natal en Liberia, se encontró con una joven que, incluso antes de que él se presentara, le dijo: «¿Así que crees que soy perfecta para ti y que tú eres perfecto para mí y que, por tanto, yo me debería abrir de piernas para satisfacerte, sólo porque llevas zapatos y trajes de marca y escribes libros? Conozco a los tipos como tú, Sr. Escritor». Él salió a escape.

Años más tarde, a sus 60 largos, después de haber recibido el Premio Nobel de Literatura por el conjunto de una obra en la que las mujeres eran las protagonistas, en el trayecto para visitar a su hijo en Amsterdam, se encontró sentado en el metro frente a una mujer alta que llevaba un veraniego vestido de flores que realzaba sus delgados brazos y cintura. Ella lo miraba fijamente.

—Entonces, dime, Sr. Escritor, por qué has escrito sobre mí en todos tus libros.

Él dio un salto.

—Pero, es imposible, no puedes ser tú —dijo, y ella se rió.

—¿Y por qué no? Escapé de la guerra en Liberia y conseguí aquí asilo político. Las mujeres en tus libros siempre tienen bien catados a los tíos, igual que yo a ti hace años. Y ahora nos encontramos de nuevo, Sr. Escritor. ¿Tengo que decirte lo que hay que hacer?

Marrakech

Roberto Guillén Alonso

Al despertarme, comprendí que estaba enamorado. La luz tibia de enero entraba tamizada a través de las cortinas, que oscilaban suavemente. Ni siquiera en enero hace frío en Marrakech, así que había dejado la ventana entreabierto toda la noche. El hotel estaba en pleno centro, pero apenas llegaba ruido de la calle. Sólo el delicioso tableteo de los cascos de un asno al pasar por el empedrado, de vez en cuando. Y, al alba, la llamada a la oración del muecín en las mezquitas cercanas, con su fraseo tranquilo pero obstinado. Alargué la mano hasta su lado de la cama. Las sábanas estaban frías y tirantes. Se había ido el día anterior. Se enfadó. Discutimos, y se fue. Y ahora me importaba menos de lo que yo hubiera pensado. Definitivamente, estaba enamorado de Marruecos.

Alma viajera

Luciana Ceretti

Acomodó sus pensamientos en el compartimiento de equipaje. Sacó del bolso los recuerdos, que lo guiarían para llegar a destino. El aire sofocante y pesado del recinto entorpecía sus movimientos, haciéndole perder el control de la nave. La tripulación de casco rojo estaba al borde del estallido. Reconoció desde el cielo la panadería Nezafi. Allí era que se daban cita a la salida de la escuela. Recordó como un feriado 11 de febrero, día de la juventud, la panadería se había quedado sin gaseosas, y ellos, sin motivo de conversación. Ante la incomodidad de los primeros encuentros, él solía romper el hielo con algún comentario sobre las burbujas. Divisó la casa de la que alguna vez había amado y, arrimándose al techo, apagó los motores y se dejó caer. Las gallinas entraban y salían del patio en una correría sin sosiego. La espió por la ventana. Dormía acompañada por lo que decidió emprender el regreso. Pero el gallo cantó el amanecer y la caja de fósforos no arrancó. El cuerpo del comandante yacía inmóvil en su cama. Los colores violáceos de su piel se tornasolaban con la luz de la tarde. Ya eran las tres y la familia lo daba por muerto. Hasta que una vieja sabionda trajo al brujo del barrio. Tras enigmáticas encantaciones, el alma volvió al cuerpo del hombre. «¿Y todavía no crees en la brujería?», me dijo desafiante mi amiga al contarme la historia de su tío.

El ocaso de la humanidad

Purificación García Martínez

Soy el último ser humano de la Tierra. Naufragué durante el Gran Cataclismo y al abrir los ojos me encontré en medio de la gran fiesta de un atardecer africano. Es cuando, superado el calor, todos nos reunimos para celebrar la supervivencia otro día más. Aparecen colores por todas partes. Tras quemar durante el día con toda su fuerza, el sol se convierte en oro fundido cuando desaparece tras la tierra, la cual, parece que hierve. Procesiones de jirafas rompen con sus siluetas el rojo horizonte y, en el cielo, cardúmenes de pájaros son arrastrados por oleajes invisibles que a veces se arremolinan. Miles de graznidos se mezclan con gemidos y gruñidos. Pequeñas cebras imitan a sus padres mientras, en el río, un elefante refresca con su trompa a una manada de antílopes. Y yo, cansado de la batalla contra el fuego diurno, acaricio el fango fresco de la orilla, cuya pureza alivia la sequedad de mi piel sedienta. Soy el último hombre y soy el encargado de bajar el telón. Donde la humanidad abrió los ojos por vez primera, yo cerraré los míos en vuestro nombre. Pero no estoy triste, porque he conocido el Paraíso.

Su nombre es Á

Alba Marrero Díaz

Mamá tiene exactamente cincuenta y cuatro estados de ánimo y la bonita costumbre de reír mil millones de veces al día. Algunas veces incluso más. Pero nadie lo sabe. Tiene una sonrisa de kilómetros cúbicos y su riqueza se sustenta en las dos mil lenguas diferentes que domina. Mamá no conoce la fotografía, porque nunca nadie ha fotografiado el brillo de sus ojos ni la multitud de colores que la visten cada mañana. Aunque su esencia palpita cada vez más despacio por culpa de esas idiotas cajas tontas y aparatos charlatanes, mamá siempre tiene un rincón secreto en el que es capaz de bailar a la libertad, soñar a la justicia y enamorar a la vida a ritmo de balafón y *djembe*. Así es ella; alegre y diversa aunque ningún premio Pulitzer la haya fotografiado aún en su más salvaje estado puro. Lo más probable es que no exista dispositivo en la Tierra que sea capaz de paralizar por un instante, un solo instante, la magia y la belleza que desprende mamá. Se llama Á, mamá se llama Á. Á de África. Con su nombre, no hay más. Está todo dicho.

El sabor de las jareas

Patricia Corral Moirón

Mahmoud se dirige al puerto donde dos veces a la semana trabaja ayudando a pintar barcos. Dice sentirse afortunado, dada la falta de trabajo en la que lleva sumergido «el paraíso soñado» al que llegó hace tres años a bordo de un precario cayuco. Le gusta respirar la brisa marina isleña, pescar desde el muelle con la vista siempre puesta en el horizonte e imaginar que tras la bruma oceánica, quizás, algún día, pueda llegar a divisar su pueblo, en la costa senegalesa. El paisaje majadero le recuerda tanto a su tierra, el mismo color y vegetación, palmeras, cabras, cactus, el azul Atlántico que aúna ambas orillas... Pero lo que más le transporta a ella es el aroma a salazón que le impregna los dedos después de ayudar a jarear los pescados canarios, samas, chernes, pejines, los peces que se salan y dejan secar al sol colgados de cuerdas de forma similar a como lo hacen en Senegal y con los que allí se elaboran diversas salsas.

Ni siquiera el intenso sabor del aceite de cacahuete o de palma o la yassa tradicional de pescado macerado en lima que comparte con su gente en la isla, le han ayudado tanto a soñar con el paisaje de los afectos que un día dejó atrás, su familia, su territorio y su feliz infancia descalza y sumergida en el océano, como aquel pescado jareado que con su profundo sabor a salitre consigue apaciguar sus miedos reconciliándole con su incierto viaje.

La sombra del baobab

Javier Serrano

Cuentan los griots que hubo un tiempo en que existió un enorme baobab en África. Dicen que sus raíces bebían directamente del mar y que la sombra de aquel árbol en forma de botella se extendía por todo el continente, desde las costas de Cabo Verde hasta las de Madagascar, desde Argelia hasta el cabo de Buena Esperanza. Cuentan también que los moradores de aquellas tierras agradecían al árbol que con su sombra les protegiera del calor del sol. Creían que su interior daba cobijo a los espíritus de sus ancestros, y de todas partes venían gentes a depositar ofrendas a los pies del baobab. Por las mañanas, los niños aprendían a leer y a escribir bajo la sombra del árbol-escuela. Cierta día, desde el otro lado del mar llegó el hombre blanco y decidió cortar el baobab y hacer con él un descomunal ariete para vencer a su enemigo. Fue esta la manera en que el baobab terminó sus días y su lugar fue ocupado por un desierto de arena. Según los griots, desde entonces nadie ha visto otro baobab que haya alcanzado un tamaño semejante.

Cartas para Elena

María Aránzazu Portabales Santomé

Querida Elena:

El sol de Tarfaya quema. Cabalgo sobre las olas y cierro los ojos. Te veo a mi lado, con tu pelo negro y crespo, teñido de sal. Estiro la mano y casi rozo tu piel de neopreno. Después vuelvo a la orilla. Y no queda nadie. La casa de Amín está cerrada. Las calles son un inmenso escenario de atrezo en el que todos habéis desaparecido. Suelo deambular por el zoco de El Aaiun, buscando tu rostro en cada puesto, en cada esquina. Nunca estás. Siempre lo tuvimos claro. Hasta que la muerte nos separe. Pero no sabíamos lo que eso supondría. Lo que duele la ausencia.

Busca a Fátima. Dile que he encontrado a Omar. Que lleva aquella camiseta del Barça que le trajimos en nuestro tercer viaje. Está guapo, el enano. Aún tiene ocho años. Juega al fútbol a todas horas. Le sigue faltando un diente. Y luce una eterna herida en la rodilla. Dí-selo. Que estamos juntos. Que estamos bien. Porque este es mi cielo, Elena. Al final, mira tú, resulta que existe. Es hermoso. Huele a cuero, a comino, a hierbabuena y a jazmín. Sabe a dátiles y a mandarinas. Se impregna de la arena del Sahara. Se tiñe de rojo cada atardecer. Tú lo conoces bien. Esto es todo. Me limito a esperarte, con el pequeño de Fátima pagado a mis talones. Te añoro en cada ola de este mar. En cada playa. ¿Sabes qué? Debiste morir conmigo. Este era nuestro paraíso. Y está a punto de convertirse en un infierno sin ti.

Kenia, año 2521

Diego Marín Galisteo

Desde que comenzaron a aparecer las botellas en la playa, las llamadas al Centro de Interpretación de Mombasa se multiplicaron por diez. Las costas estaban repletas. El Protocolo de Actuación Civil no contemplaba aún ninguna respuesta para un hecho así y ningún funcionario sabía cómo explicar los extraños escritos impresos en papel que había en el interior de las mismas. Las teorías para aclarar el hecho aparecieron pronto en los programas de debate televisivo. Los tertulianos del canal Activación de la Memoria hablaban de algo llamado plica, de no guardar correspondencia alguna, de destrucción de las obras no premiadas. Ninguno conseguía, no obstante, aclarar el porqué de este fenómeno. Ocurrió entonces otra situación llamativa. El morbo despertado por la noticia hizo que todo el mundo quisiera quedarse con aquellas botellas. Era frecuente ver a personas llevándolas debajo del brazo, algunos empezaron a intercambiarlas una vez leído el contenido y los niños apostaban por ver quién conseguía más. Un día, alguien decidió clasificar todos los escritos que tenía y los unió con hilo para que no se perdieran ni se mezclaran. Al poco tiempo comenzó a vender ejemplares en un lugar al que llamó librería.



FIRMA INVITADA · Teresa Iturriaga Osa

Nacida en Palma de Mallorca, reside en Gran Canaria desde 1985. Doctora en Traducción e Interpretación por la ULPGC, ha colaborado en proyectos de investigación europeos de la ULPGC, el CSIC y el Instituto Cervantes de Rabat y París.

Es autora de entrevistas de interés etnográfico compiladas en el libro *Mi playa de las Canteras*. Es traductora de *Modou Modou*, un ensayo sobre el drama de la inmigración africana, del senegalés Seydi Ababacar Mbaye. Ha publicado los libros *Juego astral*, *Dos segundos de compasión*, *Yedra en vuelo*, *Revuelto de isleñas*, *Desvelos* y *Gata en tránsito*, editado por Alhulia y prologado por el Premio Nacional de Poesía J. M. Caballero Bonald.

Ha publicado en las antologías *Orillas Ajenas*, *Hilvanés*, *Fricciones*, *Que suenen las olas*, *El ojo Narrativo*, *Ecos (2)*, *El mandala de Malick*, *Doble o nada* y *Madrid en los Poetas Canarios*. Ganadora del III Certamen Internacional de Poesía El verso digital de 2008 con el poemario *Sobre el andén*. Sus relatos se incluyen en las antologías *París y Mujeres en la historia (I y II)* de M.A.R. Editor. Acaba de publicar el poemario *Campos Elíseos* en la editorial danesa Aurora Boreal.

TODO ESTÁ INSCRITO
EN EL ROSTRO DE LA
MEMORIA. Y ASÍ ME
MIRO LOS DÍAS EN
TI, PALABRA, ESPEJO
DE LAS ARRUGAS
DEL TIEMPO

—Teresa Iturriaga Osa

El Día de Dahir

Teresa Iturriaga Osa

Arde la mañana como una hoguera en mi cocina y a lo lejos veo sombras de caminantes, sus cabellos ruedan por la arena. Mecen el paso sobre barcas que descargan anhelos, arco iris de pensamientos por la orilla de Las Canteras. En la calle se abre el portal de mi amiga Fatou y la saludo con la mano desde la ventana. Ella me sonríe mientras arrastra su cara de pantera silenciosa por los cristales de la panadería... Ahora teje sus tules en penumbra, sueña con su tierra natal y los dientes se le afilan al paso de una guagua que rasga descaradamente su túnica de colores preferida. Es el Día de Dahir y le quiebra un aroma de nostalgia. La observo a través del humo cuando se acerca a la playa. La espuma no distingue entre siluetas, no hace retratos de huellas, allí se desvanecen *toubabs* y *modous*. Se arregla el collar y el tocado, se sube su propia cabeza del regazo hasta las nubes. Convoca al corro de mujeres, juntas entonan canciones fértiles, unen sus manos y se escapan, despegando hacia Djolof.

El ausente

Elizabeth Larrañaga Brito

Le llovían plumas sobre su espalda mientras inclinaba su torso para recolectar los caracoles. Sus dedos eran largos, imperfectos, como caminos de terracería; los adornos que colgaban de su cuello hacían música con el viento. Una bolsa desteñida colgaba de su hombro izquierdo, cuando introducía caracoles en ella, los pájaros se alborotaban con el ruido, desprendían plumas al batir sus alas; cuando volvía la calma, otra vez intentaban dormir sobre las ramas de los arbustos.

Así lo conocí, el mismo día cuando llegué a África. Su espíritu acompañó al mío en el camino, como una estría de su máscara. Nuestro amor despertó el celo, la comunidad sentía perder a su líder. No había noche en que él no abandonara el lecho para atender las demandas de los vecinos. Así lo perdí para siempre, en la noche más oscura de tormenta.

Chinchetas

David Mangana

Suavemente, el mapamundi lamió el suelo con el susurro de una bandera ondeante. Medias sonrisas sacudieron algunos pupitres del aburrimiento. Como había decidido que empezaran a responsabilizarse de los quehaceres de la clase, la profesora eligió un rostro al azar.

—Irene, cuelga el mapa de nuevo.

Mientras Irene se levantaba, reanudó la lección de geografía y siguió repasando con parsimonia los ríos clásicos: el omnipotente Amazonas, el Mississippi y sus eses de meandro, y, cómo no, el Nilo.

—Y fue fundamental para los egipcios porque...

Las risas estallaron. La profesora las siguió hasta la pared inmediata a la pizarra.

—Por favor, sin bromas. Coloca bien el mapa.

—Pero... si está bien, señorita —respondió Irene.

—Está al revés, Irene, no seas despistada.

—¿Por qué está al revés? —preguntó la niña, mirándole a los ojos.

La profesora enmudeció por un instante.

—Porque lo dibujaron así.

—Pues en clase de arte nos dicen que hay que dibujar las cosas como se ven.

—¿Tú lees los libros al revés?

—No.

—Entonces.

—Pero, señorita, usted ha dicho que el Nilo desemboca en el Mediterráneo. Entonces, está bajando, ¿no?

—Sí, está bajando.

—Y África es el primer continente en orden alfabético.

—Sí...

—Y hay más países al sur que al norte. Y más gente. Y...

—Vale, Irene, vuelve a tu sitio.

La profesora encargó el doble de chinchetas. Y volvió a hacer suyos todos los quehaceres de la clase.

Lástima

Antonio Arias Febles

El microbús enfiló la interminable recta en la desértica nada levantando una densa nube de polvo. Como hacía siempre, aminoró la velocidad a su paso por la ribera del poblado para que los turistas fotografiaran a los pintorescos indígenas. Mientras el vehículo avanzaba lentamente, nativos y visitantes cruzaban sus miradas. La lástima era mutua, mutua e infinita. Cortados por su patrón artificial, los viajeros se compungían ante la visión de la penuria ajena, a la vista de aquellos hombres faltos de todo lo comprable. Era una lástima consumista, banal. Equivocada. Los de afuera sentían una lástima distinta, más profunda, más real e infinitamente más humana, pues se lamentaban por contemplar almas ciegas, tan lejanas a lo vital. Almas ciegas. Solo así se explicaba el asombro de aquellas caras pegadas a sus ventanas ante la simple visión de un limpio cielo y de un aire puro. Almas ciegas a la libertad que se sentía al otro lado del cristal, cuya sensación venían a buscar a miles de kilómetros de sus hogares. Lástima, pues en sus pálidos rostros se adivinaba el ansia, la prisa, el compromiso. Prisioneros de la peor infelicidad posible: la ignorada. Generosos, los nativos saludaban dejándose fotografiar. Sabían que así aquellos pobres desgraciados, ajenos a su desdicha, tendrían un recuerdo. Un recuerdo del día en que estuvieron, sin saberlo, cerca de una vida de verdad.

Kuhuwa

De Farray

El pequeño acaba de nacer en el camino que llega de Sare Bala a Goulombou, antes era un kuhuwa, un alma vieja cobijada en el vientre de la madre. Ahora ella guarda el cordón mágico, con el que ambos estarán atados para siempre, en una bolsita de piel. Levanta al recién nacido, lo ata a su espalda y continua su viaje bordeando las lagunas que ha dejado tras sí la lluvia. Ella callará su nombre hasta que el padre lo proclame en alta voz en la fiesta y suene el kutirinding, el más pequeño de los tambores seourouba.

El niño ya tiene un nombre pero al otro lado de su mundo no figurará jamás en las estadísticas ni de los vivos ni de los muertos. Para ti, que lo mides y calculas todo, no habrá nacido, no existe, pero yo escucho su llanto de carita aplastada contra la espalda de esa niña madre y respiro el olor seco a hierba aplastada por sus talones cuarteados, y escucho al viento saludar al niño sin nombre, sin número, sin ficha. Y me duele la sangre que escurre por las piernas de la niña madre, y río la vida que explota en un camino lejos de tu ordenador y de tu alma.

Mbi Yeda

Teresa Narbona Rodríguez

Ella esperaba, él callaba. Ella creía que el tiempo, y las arrugas que iban poblando su piel, le arrebatarían la posibilidad. Tímida e insegura, se preguntaba por qué la maldición de tantos años de espera sin poder acurrucar en sus brazos al fruto de su vientre. Él, deseoso de ver reflejado en sus pupilas el futuro y descendencia, la hombría. Ella sabía que una de las huellas de identidad de la mujer africana es el orgullo de colgar sobre la espalda el precioso, el don infinito de la abundancia con el que calentar la hoguera de la noche. Temía que en cualquier momento él podría abandonarla y buscar a alguien más joven que le asegurase el futuro y apellido.

Las miradas de las vecinas, a veces cargadas de juicio, la abrumaban. ¿Le habrían hecho «likundu», brujería? Él, en silencio, creía. Doce años juntos, doce años solos es demasiado para la pareja africana, hecha para multiplicar, regocijarse y alborozarse en los pequeños, que desde que levantan un palmo del suelo, ya portan orgullosos, en hileras, el agua y la leña para la familia.

Un día, dejó de temer y alzó la vista al cielo dando gracias. Él, él dejó de callar. Un contoneo de orgullo y felicidad, un vientre abultado anunciaba el milagro, la gracia y la vida. Un hijo venía para alumbrar su llama y dar sentido a la espera y fidelidad. Y porque él creía, y siempre había creído, lo llamaron «Mbi yeda», Credo.

Descubriendo África

Pilar Escalona Cermeño

El acceso hacia el palacio lucía iluminado por cientos de antorchas. Hannón traspasó la sala de acceso, recubierta por un mosaico que representaba ninfas y delfines en un mar batido por las olas. Dos esclavos le abrieron paso hacia el peristilo. En un habitáculo lateral se había instalado el comedor para las celebraciones solemnes. Los esclavos se hicieron a un lado y Hannón penetró en la sala de banquetes. El rey le hizo una seña para que se aproximara.

—¡Siéntate, mi comandante y fiel amigo! ¿Qué nuevas me traes de tu viaje?

—Majestad —respondió el interpelado—, fue algo increíble. Navegamos con nuestras pentecónteras hacia poniente. Traspasamos el estrecho que se abre al nuevo mar bravío y despiadado. El mar por el que nadie osa adentrarse por la creencia en animales monstruosos y fenómenos extraordinarios. Nada es así. No es como el mar al que estamos acostumbrados. Es cierto, es más salvaje, pero no es una ficción. Después, contorneando la costa, nos dirigimos al sur. Descubrimos numerosas islas y el litoral de un inmenso territorio que se extiende bajo el nuestro. Un territorio rico y variado, poblado por gentes de diversas culturas y donde convive una fauna y una flora indescriptibles. Montañas de fuego, playas idílicas, selvas, llanuras, ríos gigantescos... Vivimos, Majestad, al norte de un gran continente.

El testamento de Jaime de Audivert

Jaime Puyoles García

Un documento del archivo histórico de Cabo Verde refiere que en el año 1698 se envió a España, desde esas islas africanas, el testamento de Jaime de Audivert, vecino de Arenys de Mar. Se desconoce si viajó para buscar un futuro mejor hasta unas islas que, en aquellos momentos, eran protagonistas de la humillación más cruel que han sufrido los pueblos africanos. Pero, lo que parece cierto, es que en sus últimos momentos sus pensamientos fueron para quienes dejó en su tierra natal.

Ahora, observando desde estas islas de un océano que, como ayer, une y separa gentes y culturas, me convenzo de que no hay tantas diferencias entre los motivos de aquel viaje, y los que hoy se producen en sentido contrario en tan penosas condiciones. Y reflexiono sobre las tragedias que viven tantos hombres y mujeres que viajan desde África buscando una oportunidad pensando en los suyos. Porque creo que la verdadera tragedia es que están emprendiendo, decididos pero engañados, un viaje en un sentido equivocado. Y nuestro fracaso es que no sabemos cómo ayudar a que entiendan que el futuro está en sus orígenes, en su continente y en ellos mismos.

Hoy que cada vez viajamos más a África buscando nuestro futuro, hagámoslo agradecidos, con respeto y para construir. Y antes de opinar sobre aquellos que llegan a nuestras costas, pensemos que podrían ser lejanos descendientes de Jaime de Audivert.



FIRMA INVITADA · Manuel Rodríguez Machado

Nacido en Las Palmas de Gran Canaria en 1970, este licenciado en Filología inglesa ejerce su profesión de docente desde 1997 y en la actualidad imparte clases de Lengua y literatura españolas en el Instituto Pérez Galdós desde donde, junto a su alumnado, anima un club de lectura, desarrolla un taller de microrrelatos o realiza cortometrajes enfocados al fomento de la lectura.

Ganador en 2014 del III Premio de Relato Corto para Docentes IES La Guancha con el relato titulado *12305, Fifth Helena Drive*, considera que la literatura, al igual que el cine, la música o la pintura, le ayudan a vivir «un autre» sin correr demasiados riesgos.

ESCRIBO DE
AQUELLO SOBRE
LO QUE ME
CUESTA HABLAR

—Manuel Rodríguez

Los pies del viajero

Manuel Rodríguez Machado

Refrescar los pies del viajero vadeando el Zambeze o escuchar al humo tronar al borde del Mosi-Oa-Tunya. Mostrar gratitud a la acacia por su umbría y mesar la hierba en la pradera del Amboseli. Ahuyentar soledades en el Café Hafa, atisbar en Sidi Bou Said los azules de Matisse. Cimbrear al paso de un *sapeur* o vislumbrar el rastro sonoro de un Mbuti trovador... Cada día, oleadas de noruegos, franceses y austriacos; suecos, alemanes o españoles, asaltan la valla con la esperanza de adentrarse en el Paraíso.

Mordisco único

Tuleno Gironde

Planeó rozando el Okavango en alas de lechuza. Atravesó el Kalahari sobrevolando las aldeas bosquimanas diseminadas entre las dunas. Rodeó el Cabo de Buena Esperanza y siguió la línea costera hasta el canal de Mozambique, persiguiendo la estela de los tiburones ballena. Sobrevoló el cráter del Ngorongoro, donde los flamencos teñían de rosa su lago. Rozó la cima nevada del Kilimanjaro y varios niños masai agitaron las manos en su dirección. Les devolvió el saludo con una sonrisa. Continuó hacia las Virunga y se adentró en el impenetrable bosque Bwindi, donde la arboleda impedía ver más allá y solo los gritos de las aves nocturnas conseguían atravesarlo. Cruzó el lago Bunyoni, donde los pigmeos soñaban mecidos por la luna, suspendidos en el tiempo detenido. Llegó a las fuentes del Nilo azul y acompañó su curso hasta el orgulloso pueblo Nubio, y un poco más adelante, a las imponentes efigies del pasado. Giró en el antiguo Faro de Alejandría, dejando atrás mil mezquitas, para acercarse al lugar de origen, donde inició el viaje, donde debía finalizarlo. Se halló de nuevo en medio del vasto desierto, silencioso, frío, a la vez suave y conocido; y se reencontró con el aviador, que le esperaba dibujando boas que se atragantaban con elefantes. Le explicó que África le había mordido el corazón, aferrándose a él sin remedio y ahora deseaba volver a su planeta y compartirlo con su rosa.

La piel de fuera

Salvador Robles Miras

Era negro de la África subsahariana sólo por dentro. Por fuera la piel era blanca. Sólo así podía cruzar las fronteras.

La gorra

Tessa

Revoltosos se nos acercaron gritando: «Cadeau, cadeau». Él me miró suplicante con sus ojos dispares (el opaco-blanquecino-ciego y el negro) señalando la gorra roja que dejó de ser mía en aquel instante. Pude distinguir después el brillo rojo en lo alto de un *marabout* que se alejaba mientras aquel pequeño gritaba a otros: «cadeau, cadeau».

La leyenda entre el esclavo y el león

Carlos Andrés Fabbri Campos

En medio del coso del circo romano, atado a un poste clavado en la arena, un negro esclavo espera la muerte como quien aguarda un destino inevitable. Su vida está labrada de desdichas. Alguna senadora propuso usarlo y compartirlo, pero cuando en los Fastos de Júpiter un toro lo desgació con una cornada certera, el negro ya no sirvió para lo que servía.

Los ojos aguados por el sudor y la reverberación del sol le engañan la pavorosa imagen de un león. Véalo bien o no, el felino se le acerca meticoloso, incluso, desconfiado. Alza su hocico y huele en el aire el silencio de las gradas expectantes y ansiosas de sangre. Se va acercando a paso lento al infeliz africano, tan africano como la misma bestia. La fiera llega hasta el negro que suda y tiembla, le olisquea los pies, los muslos, la ingle cubierta por un taparrabo. Gira a su alrededor sin dejar de olerlo. El corazón del negro parece estallarle dentro del pecho. El león se echa a sus pies, desafiante. A nadie se le ocurra hacerle daño que allí está él para defenderlo con la misma ferocidad con la que lucha contra sus más odiados enemigos. El negro rememora su juventud en África, poco antes de que lo cazaran para arrastrarlo engrilletado a la capital del Imperio. Recuerda cuando, con miedo y compasivo, quitó una púa clavada en la pata a un cachorro de león. El destino, perseverante, los volvió a reunir.

La muerte del rey

Cecilia Rodríguez Bové

Nunca supo que me atrapó en su magia y que lo admiraba por su valentía y por la genialidad con que sus hazañas iban cambiando el curso de la historia africana. Tampoco supo que seguía fascinado cuando reunía al ejército zulú para explicarles novedosas estrategias de guerra o les enseñaba a construir poderosos escudos y afiladas lanzas para el combate. Nunca supo que estuve junto a él cuando curtía con espinas las plantas de sus pies para ser el más veloz en las batallas, ni que me transformé en su sombra para luchar a su lado contra los colonos invasores. No supo tampoco que yo creía en él y que no di crédito a los rumores que decían que la guerra lo estaba volviendo un perturbado.

Por eso, cuando me enteré de la conspiración que planeaban sus detractores y de cómo lo emboscaron y acuchillaron sin piedad hasta la muerte, no pude soportarlo. «¿Cómo puede ser? ¡África lo necesita!», grité desolado. En ese momento me sentí huérfano, furioso, impotente y reaccioné como solo un adolescente sabe hacerlo. No quise saber nada más. Se acabó. Como quien da un portazo, cerré el libro de historia, lo tiré al suelo, apagué la lámparita y me escondí bajo las sábanas.

Allí estaba bien, donde nadie pudiera ver mi frustración por la muerte del más valiente y temerario guerrero de todos los tiempos, el mejor de los estrategas, el Gran Shaka, mi rey.

El corazón de África

Airam Doramas Santana Rodríguez

Abuela era una mujer sabia:

—No tengas miedo, mi pequeña —musitó a mi oído.

—Pero abuela, no quiero irme... Quiero quedarme, abuela... Quiero estar contigo, en casa...

Abuelita sonrió. Solía hacerlo mucho, hasta en las peores ocasiones, esa era una de sus más grandes virtudes. Me dio un beso en la frente que me tocó el alma, me puso la mano en el pecho, en el corazón, y me contó una bonita verdad, la penúltima que escucharía de sus labios:

—Mi pequeña África —apretó más fuerte su mano contra mi pecho, pero sin perder ni un ápice de delicadeza—. Llevas nuestra tierra y su espíritu, nuestra cultura y enseñanzas, nuestros orígenes y nuestro futuro, justo aquí... en tu corazón. Nunca te olvidarás ni te alejarás de tus raíces, ni las dejarás atrás, porque es lo que eres y lo que amas.

—Abuela...

—Te quiero, mi pequeña.

Esa fue la última verdad que me regaló. Abuelita tenía razón, en todo. Era una mujer muy sabia.

En la lengua de mis padres y abuelos, y los abuelos de mis abuelos, la palabra que usábamos para «corazón» es «zuciya». Es así como te he llamado, a ti que te he llevado en mi interior nueve meses, a ti de quien jamás me olvidaré o alejaré, a ti que te amo. Mi pequeña, eres el corazón de África, mi corazón, y un día viajaremos juntas y te enseñaré de dónde sales.

Publicación

Edición

Casa África, enero de 2015

Coordinación

Estefanía Calcines Pérez

Traducción

De *¡Recuerdos!*, Antonio Lozano, Loli Betancor y Christine Ortega

De *Viaje en sueños*, Teresa Iturriaga Osa

De *La radio cósmica*, María Felisa Rodríguez Prado

De *El escritor*, Debra McArthur y Javier González García-Mamely

Diseño y maquetación

Mario Muñoz Fernández

© De la edición, Casa África

© De los textos, sus autores



CASA ÁFRICA

África y España, cada vez más cerca

Calle Alfonso XIII, 5, 35003 Las Palmas de Gran Canaria

+34 928 432 800 / www.casafrica.es / info@casafrica.es

Con el apoyo de:



canaïlla

